



¡Oh, caballero, soberbio! ¡Feliz usted que tiene tanto talento!



IV

Una reunión literaria en el gimnasio
Moronval.

Los niños son como los hombres; no les sirve la experiencia ajena.

Jack había quedado aterrado al oír la historia de Madú-Ghezo, pero la conservó en la memo-

ria aminorada, descolorida, como el recuerdo de una horrible tempestad, de una batalla sangrienta, vista en un diorama.

Los primeros meses de su permanencia en el colegio, fueron tan buenos; todo el mundo se mostró tan afectuoso, tan amigable para él, que se le olvidó que las

desdichas de Madú habían tenido un comienzo tan brillante como aquél.

En las comidas, ocupaba el sitio de preferencia al lado de Moronval; bebía vino, tomaba postres, mientras que los otros muchachos, en cuanto aparecían los frutas y los dulces, se levantaban de la mesa bruscamente, como indignados, y tenían que contentarse con una especie de bebida extraña, amarillenta, compuesta expresamente para ellos por el doctor Hirsch, y que se llamaba "zarza-rosa."

Aquel ilustre sabio, cuyo estado financiero, á juzgar por su aspecto, era deplorable, era el continuo comensal del colegio de Moronval. Animaba las comidas con toda suerte de ocurrencias científicas, relatos de operaciones quirúrgicas, descripciones de enfermedades extraordinariamente purulentas, que había leído en los libros, y las cuales relataba con verbosidad endiablada.

Además tenía á los comensales al corriente de la mortalidad pública, de la enfermedad reinante; y si había en alguna parte, en el último rincón del globo, un caso de peste, de lepra, ó de elefantiasis, lo sabía antes que los periódicos, lo hacía constar con una satisfacción amenazadora y con meneos de cabeza que significaban: "Cuidado, mucho cuidado si viene hasta aquí."

Por lo demás, era muy agradable, y no tenía, como vecino de mesa, más que dos inconvenientes: primero, su torpeza de miope, y después la manía de echar á cada momento en el plato del vecino ó en su copa, ya una gota, ya un puñadito de una cosa en polvo, ó líquido, contenida en una caja microscópica ó en un frasquito azul muy sospechoso. Este contenido variaba á menudo, porque no pasaba semana sin que el doctor hiciera un

descubrimiento científico; pero en general, el bicarbonato, el álcali, el arsénico (á dosis infinitesimales), constituían la base de aquella medicación con los alimentos.

Jack soportaba aquellos cuidados preventivos, y no se atrevía á decir que el alcali le sabía muy mal. De cuando en cuando, los otros profesores estaban también convidados á comer. Toda aquella gente bebía á la salud del joven Barancy, y era cosa de ver el entusiasmo que producía su gracia y su gentileza; era de ver cómo el cantante Labassindre, á cualquier salida del "nuevo," se trepaba en su silla, destornillado de risa; cómo se enjugaba los ojos con la servilleta, y qué puñetazos daba encima de la mesa.

Argenton, hasta Argenton mismo perdía su gravedad. Una tenue sonrisa agitaba su hermoso bigote; sus ojos azules, de mirar frío y penetrante, se volvían hacia el niño con altanera aprobación.

Jack estaba contentísimo.

No comprendía, no quería comprender los movimientos de hombros, los guiños que le enviaba Madú al pasar por detrás de los convidados con la humildad de sus ínfimas funciones, con un paño en el brazo, y con su plato en la mano, que continuamente se entretenía en limpiar.

¡Y es que Madú conocía el valor de aquellas alabanzas exageradas, y la mudanza de las grandezas humanas!

También él se había sentado en el sitio de preferencia; había probado el vino del maestro, sazonado con el contenido del frasquito del doctor. Y aquella levita de uniforme galoneada, con la cual Jack estaba tan or-

gulloso, le estaba grande, sólo porque había sido hecha para Madú.

El ejemplo de aquella ilustre caída habría debido poner en guardia al joven Barancy contra el orgullo, porque sus comienzos fueron absolutamente iguales á los del príncipe heredero.

Recreo permanente, en el cual tomaba parte todo el personal del colegio para divertirlo á él; adulaciones insensatas, y solamente, de cuando en cuando, algunas lecciones de la señora de Moronval con objeto de aplicarle su famoso método. Y para eso, las tales lecciones tampoco eran nada penosas; la enanita era una mujer excelente, cuyo único defecto consistía en una constante exageración en la manera de pronunciar las palabras más sencillas, exageración tan grande, que á veces era causa de que no se entendiera lo que quería decir.

Moronval confesaba que sentía verdadera debilidad por su nuevo discípulo. El muy bribón había tomado informes. Conocía el hotel del boulevard Haussmann, y todo el partido que se podía sacar del "Buén Amigo."

Así es que, cuando la señora de Barancy iba á ver á Jack, cosa que sucedía con frecuencia, tenía una acogida cariñisima y un auditorio atento á todas las historias locas y vanidosas que se complacía en relatar.

Al principio, la señora de Moronval quiso conservar cierta actitud de dignidad y reserva frente á una mujer tan ligera; pero el mulato tomó cartas en el asunto, y, con una porción de matices, asociaba, sin que se dieran de cosechones, los escrúpulos de mujer honrada y su conveniencia de industrial interesado.

¡Jack... Jack... aquí está tu madre! gritaba en cuanto abrían la puerta; y vestida elegantemente, avan-

zaba Ida hacia el locutorio, con las manos y el manguito llenos de paquetes de pasteles y bombones. Aquel era un día de fiesta para todos, y Jack hacía entre sus discípulos una distribución general, y la señora de Barancy también se dignaba quitarse el guante de una mano, el de aquella en la cual llevaba unas sortijas, para tomar su parte de golosinas.

La pobre mujer era tan generosa, se le iba tan bien el dinero de entre las manos, que llevaba siempre, además de los dulces, una porción de regalos, de caprichos, de juguetes, que distribuía como pan bendito y sin trabajo ninguno. Ya comprenderéis las adulaciones bajas, las exclamaciones de campesino ladino con que eran acogidas aquellas prodigalidades desconsideradas. Solamente Moronval sonreía de compasión, así como á impulsos de envidiosa contrariedad, al ver cómo se gastaba una fortuna en aquellas bagatelas, en vez de acudir en auxilio de algún alma elevada, generosa, desheredada, como la suya, por ejemplo.

Aquella era su idea fija, y si bien admirando á Ida, si bien prestando atención á sus historias, estaba siempre distraído, y se mordía frenéticamente las uñas, y experimentaba esa febril agitación del "sablista" que tiene ya su petición en la punta de la lengua y que casi se enfada de que no la adivinen.

La ilusión de Moronval era, desde hacía ya tiempo, fundar una Revista consagrada á los intereses coloniales, satisfacer su ambición política, comunicando periódicamente con sus compatriotas, y llegar quién sabe si á la Diputación.

Para empezar, le parecía indispensable el periódico, aunque hubiera de abandonarlo en seguida.

Hablaba de esto á menudo con sus bohemios, todos los cuales lo excitaban para que llevase á cabo su proyecto. ¡Ah! ¡si ellos hubieran tenido un órgano en la prensa!... ¡Había tantos originales inéditos en aquellos cerebros, tantas ideas inexpresadas ó más bien inesperadas, y que ellos creían poder poner en claro, gracias á la claridad de los caracteres de imprenta!

Moronval tenía un vago presentimiento de que la madre de su nuevo discípulo cargaría con los gastos de aquella Revista; pero no quería precipitarse, temeroso de hacer nacer desconfianzas en la señora. Se trataba de rodearla, de envolverla, de traer la cosa de muy lejos, á fin de que su talento, un poco limitado, tuviese tiempo para responder.

Desgraciadamente la señora de Barancy, por su movilidad misma, se prestaba poco á esas combinaciones. Sin malicia alguna desviaba, por virtud de su misma frivolidad, una conversación que le divertía poco; escuchaba al mulato, sonriendo y mirándole con ojos amables, pero distraídos, y tanto más brillantes, cuanto menos se fijaban en cualquier cosa.

“¡Si se le pudiera imbuir la idea de escribir!”..... pensaba Moronval, y delicadamente trataba de insinuar que ante madama de Sevigné y Jorge Sand, había quedado un sitio que ocupar. ¡pero vaya usted á insinuar cualquier cosa y hablar por alusiones á un pájaro que no deja de hacer aire en torno suyo, á fuerza de sacudir las alas!

“¡No es muy lista la pobre mujer!” decía él después de cada una de esas conversaciones, en las cuales el uno ponía toda su fiebre y la otra toda su charlatana indiferencia; él mordiendo las uñas con furor, y ella ha-

blando sin escucharse á sí misma, sin oír nada de lo que le decían.

Con razonamientos no podía uno apoderarse de aquel cerebro de alondra; era preciso deslumbrarlo, y Moronval lo consiguió.

Un día que Ida peroraba en el locutorio, subrayando todos aquellos títulos y todos aquellos “de” que ponía á los apellidos de sus amigos y conocidos, como para hacer más visible su propia nobleza, la señora Moronval Decostere le dijo tímidamente:

—Mi marido quisiera pedir á usted una cosa, pero no se atreve.

—¡Oh! diga usted, diga usted.... dijo la pobre tonta, con un tan vivísimo deseo de complacer, que al director le dieron ganas de formular en el acto su petición de dinero para publicar una Revista; pero demasiado desconfiado, prefirió conducirse prudentemente, llegar poquito á poco, “sondear,” como él decía, entornando sus ojos de tigre. Contentóse con rogar á la señora de Barancy que asistiese el domingo siguiente á una de sus sesiones públicas y literarias.

En el programa se llamaban “sesiones de lectura expresiva en alta voz, seguidas de recitado de trozos escogidos de nuestros mejores poetas y prosistas.” Inútil es añadir que, entre ellos, figuraban siempre, en primer término, D'Argenton y Moronval. En resumen: era aquel un medio que los bohemios habían encontrado para imponerse á un público cualquiera, tomando por intermediaria á la infatigable y expresiva señora Moronval-Decostere. Invitaban á algunos amigos, los encargados de los alumnos del colegio. Al principio, esas pequeñas fiestas se habían verificado cada ocho días;

pero después de la decadencia de Madú, se realizaban mucho más de tarde en tarde.

Porque por más que Moronval apagaba una bujía de los candelabros á cada persona que se despedía, lo cual dejaba casi á oscuras el final de la velada; por más que ponía á secar durante toda la semana el residuo de la tetera, en paquetitos pegados y negruzcos, con objeto de que sirviese en las veladas sucesivas, los gastos eran todavía demasiado crecidos para que los soportase el colegio. Ni siquiera se podía contar con la compensación de su reclamo, porque de noche, á la hora en que se celebraban las veladas, el Pasaje de las Doce Casas, con un farol encendido como un ojo único en la frente de un monstruo, no estaba nada á propósito para atraer á los transeuntes; los más atrevidos no pasaban nunca de la verja.

Ahora se trataba de dar nuevo esplendor á la veladas literarias.

La señora de Barancy aceptó la invitación con entusiasmo. La idea de figurar á título de cualquier cosa en casa de una mujer casada, y sobre todo de asistir á una reunión literaria, la halagaba extraordinariamente, como si fuera subir un escalón más alto de su rango y de su vida irregular.

¡Ah! fué una fiesta espléndida aquella sesión de lectura expresiva en alta voz, "primera de la nueva serie." Los más antiguos de los alumnos no recordaban una prodigalidad semejante.

Dos faroles de color fueron colocados en las acacias de la entrada; el vestíbulo adornado con una mariposa, y más de treinta bujías encendidas en el salón, tan barrido y enegerado por Madú para la fiesta, que aquella

iluminación extraordinaria se reflejaba, á falta de espejos, en el suelo, que añadía, á lo brillante de los espejos, todas sus cualidades resbaladizas y peligrosas.

Madú se había excedido. Y, á propósito, debió decir, que Moronval estaba muy perplejo acerca del papel que el negrito debía desempeñar en la velada.

¿Debía dejarlo de criado, ó sustituirle por un día su título y su difunto esplendor? Esto último era muy tentador. Pero entonces, ¿quién pasaría las bandejas, quién abriría la puerta á los invitados?

Madú, con su piel de color de ébano, era inapreciable; y además, ¿quién lo reemplazaría? Los otros alumnos tenían encargados en París que habían podido mirar con malos ojos aquel sistema de educación, y, por fin, acabaron por decidir que la velada se privaría de la presencia y del prestigio de Su Alteza real.

A las ocho, los alumnos se colocaron en los bancos, y en medio de ellos, la cabellera rubia de Barancy resaltaba como una luz sobre el fondo oscuro de aquellos muchachos atezados.

Moronval había repartido una porción de invitaciones en los círculos artísticos y literarios, por lo menos en los que él frecuentaba; y de todos los rincones más excéntricos de París, los desheredados del arte, de la literatura, de la agricultura, mandaron numerosas representaciones.

Llegaban á bandadas, tíritando procedentes de lo último de Montparnase ó de Ternes, en las imperiales de los ómnibus, raídos, oscurecidos y llenos de genio, sacados de las sombras, donde luchaban por el deseo de exhibirse, de recitar, de cantar algo para demostrarse á sí mismos, que todavía existían. Luego, una vez

respirada la bocanada de aire puro, entrevista la luz del cielo, confortados por un remedo de gloria, de éxito, volvían á sus guaridas con la fuerza necesaria para seguir vejetando.

Porque realmente era una raza vejetativa, embrionaria, inacabada, bastante parecida á esos productos del fondo del mar que son seres sin movimiento y á los cuales no les falta más que el perfume para ser flores.

Había allí filósofos más grandes que Leibnitz, pero sordomudos de nacimiento que no podían producir más que los gestos de sus ideas y formular argumentos inarticulados. Pintores atormentados por el deseo de hacer algo notable, pero que colocaban de un modo tan singular una silla sobre sus patas, un árbol sobre sus raíces, que todos sus cuadros parecían vistas de temblores de tierra ó el interior de buques en un día de tempestad. Músicos inventores de instrumentos intermediarios; sabios como lo era el doctor Hirsch, de esos cerebros destornillados en los cuales hay de todo, pero en los que nada se encuentra, á causa del desorden, del polvo, y también porque todos los objetos allí están rotos, incompletos é inútiles para todo servicio.

Estos eran los tristes, los que inspiraban compasión; y si sus insensatas pretensiones, tan espesas como su cabellera; si su orgullo, sus manías daban risa, había tanta miseria retratada en su pobre aspecto que, á pesar de todo, se sentía cierto enternecimiento ante el brillo febril de sus ojos, ebrio de ilusiones, ante sus fisonomías estragadas, en las cuales todos los ensueños perdidos, todas las esperanzas muertas, habían dejado sus huellas al caer.

Junto á esos estaban los que, encontrando que el arte

era demasiado duro, demasiado árido, demasiado infructuoso, pedían auxilio á extrañas profesiones, en desacuerdo con las preocupaciones de su espíritu: un poeta lírico que tenía una agencia de colocaciones para criados; un escultor, comisionista de vinos de Champagne; un violinista, empleado en la fábrica del gas.

Otros, menos dignos, se hacían mantener por sus mujeres, cuyo trabajo entretenía su genial pereza. Esas parejas asistían juntas, y los pobres compañeros de los desheredados, llevaban escrito en sus valerosos y macilentos rostros lo que cuesta el entretenimiento de un hombre de talento.

Orgullosas de acompañar á sus maridos, les sonreían como sonrien las madres, como diciendo: "¡Es obra mía!". . . Y, en efecto, tenían de qué estar orgullosas, porque, en general, todos aquellos caballeros tenían la cara de buen año.

Añadid á esa colección dos ó tres antiguallas literarias, fabulistas de salón, antiguos socios de ateneos, sociedades filotécnicas, y otros, siempre al acecho de tales veladas; luego comparsas, tipos vagos, un señor que no hablaba palabra, pero de quien decían que era un sabio, porque había leído á Proudhon; otro, presentado por Hirsch, á quien llamaban el "sobrino de Berzelius," no tenía más título de gloria que su parentesco con el ilustre sueco, y parecía un perfecto imbécil; un cian, iba á ser contratado en un teatro.

Finalmente, los habituales comensales de la casa, los tres profesores Labassindre, en traje de gala, que á cada momento hacía "¡beuh! ¡beuh!" para ver si estaba bien de voz, porque la necesitaría durante la velada, y

D'Argenton, el bello D'Argenton, peinado, rizado, untado de pomada, con guantes claros, genial, austero, pontifical.

De pie, á la entrada del salón, Moronval recibía á todo el mundo, daba apretones de mano distraído, muy inquieto al ver que iba haciéndose tarde y que la Condesa—así se llamaba á Ida de Baraney—no había llegado todavía.

Una especie de angustia se cernía sobre la concurrencia. Se hablaba en voz baja por todos los rincones mientras la gente se instalaba. La diminuta señora Moronval iba de grupo en grupo, diciendo con aire amable: "No empezaremos todavía... estamos esperando á la Condesa," y de sus labios expresivos, la palabra Condesa tomaba inflexiones extraordinarias de misterio, de solemnidad, de aristocracia. Y esto se escuchaba en seguida, y cada cual, en su deseo de parecer enterado, repetía: "Se espera á la Condesa..."

El armonium, abierto, sonriendo con todas sus teclas, como si éstas fueran una inmensa dentadura; los alumnos alineados contra la pared; la mesa adornada con un tapete verde, con un quinqué con pantalla, con una copa de agua azucarada, elevábase encima de una plataforma, siniestra y amenazadora, como el tablado de una guillotina al amanecer, y el señor Moronval, crispado, dentro de su chaleco blanco, y la señora de Moronval, decostere como, cuando soltera, colorada como un pavo por el calor de la recepción. Y Madú-Ghezo tiritando al lado de la puerta: todo, sí, todo esperaba á la Condesa.

Pero como no llegaba y hacía mucho frío, D'Argenton accedió á recitar su "Credo del amor," que todos

los concurrentes conocían, por haberlo oído cinco ó seis veces, cuando menos.

En pie, delante de la chimenea, con el cabello echado hacia atrás; la cabeza erguida, como si recitase aquellos versos para las vigas del techo, el poeta declamaba con voz tan enfática como vulgar, lo que él llamaba su poema, haciendo pausas después de cada efecto, para permitir que las exclamaciones admirativas se abriesen camino y llegaran hasta él.

Bien sabe Dios que los desheredados no son avaros de esa clase de aplausos.

—¡Inaudito!.....

—¡Sublime!.....

—¡Abrumador!.....

—¡Hugo puro, pero más moderno!

Y este otro, más asombroso que los demás.

—¡Goethe con corazón!

Sin turbarse, aguijoneado por las alabanzas, el poeta continuaba, con el brazo extendido, con el grito dominador:

Y aunque el vulgo se ría de mi idea:
¡yo creo en el amor lo mismo que en Dios!

Ida entró.

El poeta lírico, siempre con la mirada puesta en el techo, no la vió siquiera. Pero ella sí lo vió, la infeliz, y desde aquel momento se acabó la vida para aquella mujer.

Jamás se le había aparecido más que con sobretodo, con sombrero, vestido para la calle y no para el Olimpo; pero allí, envuelto en la pálida luz de las bóvedas

color de ópalo, que hacían palidecer aún más el color de su tez, con frac negro, con guantes gris perla, y creyendo en el "amor como creía en Dios," le hizo efecto de fatalidad sobrehumana.

Respondía á todos sus deseos, á todos sus ensueños, á esa bestia sentimental que hay en el fondo de esas almas de mujer prostituída; á esa necesidad de aire puro y de ideal que parece un desquite de la vida que hacen; á esas aspiraciones vagas que se resumen para ellas en una palabra muy hermosa, pero que toma en sus labios la expresión vulgar y degradante que prestan á todo lo que dicen: "¡el artista!"

Si, desde aquel mismo momento le perteneció, y entró por completo en su corazón, tal como estaba allí, con sus cabellos armónicamente separados por la raya, el bigote rizado á fuego, el brazo extendido y tembloroso, y toda su hojarasca poética. No vió ni á su hijo Jack, que le hacía señas desesperadas, enviándole besos, ni á los Moronval inclinados hasta tocar casi con la frente en el suelo, ni todas aquellas miradas de curiosidad que se dirigían á ella, desconocida, joven, fresca, elegante, con su traje de terciopelo y su sombrerito de teatro blanco, rosa, abullonado, adornado con volantes de tul.

¡A él, sólo á él!

Mucho tiempo después había de recordar aquella impresión profunda, que nada pudo alterar en lo sucesivo, y volver á ver como entre sueños á su gran poeta en pie, tal como lo vió por vez primera en el salón de Moronval, que aquella noche le pareció inmenso, espléndido, resplandeciente, como si lo iluminaran mil bujías. ¡Ah! Por más que le dió todo género de penas, que la

humilló, la ofendió, destrozó su vida, y algo aún más precioso que su vida, no consiguió nunca borrar el resplandor vivísimo de aquel minuto.....

—Ya veis, señora, dijo Moronval con su más exquisita sonrisa, cómo preludivamos esperando á usted.... El señor vizconde Amaury D'Argenton, nos recitaba su magnífico poema "El credo del amor."

¿Vizconde?..... ¡Era Vizconde!

¡Todo lo tenía!

Ella se dirigió á él tímida, ruborizada, como una niña:

—Continúe usted, caballero; yo se lo ruego....

Pero D'Argenton no quiso. La llegada de la Condesa había interrumpido el efecto más bonito de su poema, un efecto seguro, y esas cosas no se perdonan. Se inclinó, y dijo con fría é irónica cortesía:

—He concluído, señora.

Y en seguida se mezcló en los grupos, sin ocuparse más de ella.

La pobre mujer sintió el corazón encogido, lleno de una vaga tristeza. Le había desagradado, y ya esta idea le era insoportable. Fueron necesarias las caricias de su hijo Jack, contentísimo de ver á su madre, orgulloso del éxito que acababa de tener, de las amabilidades de Moronval, el afecto de todos, el convencimiento de que era la reina de la fiesta, para borrar aquella pena delatada en ella por un mutismo de cinco minutos, lo cual era, para una naturaleza como la suya, muy extraordinario.

Cuando se hubo disipado la turbación de su llegada, cada cual tomó sitio para la sesión de lectura expresiva. La majestuosa Constancia, que había acompaña-

do á su señora, se instaló en el banco, cerca de los alumnos; Jack se apoyó en el sillón de su madre, en el sitio de preferencia, teniendo á su lado á Moronval, que acariciaba paternalmente su rizado cabello.

El público formaba ya una asamblea imponente, alineada en filas de sillas, como para una distribución de premios. La señora de Moronval tomó para sí la mesa, toda la plataforma, toda la claridad del quinqué, y empezó á leer un estudio etnográfico del señor Moronval, sobre las razas mongolas.

Aquello era largo, fastidioso y triste, una de esas lucubraciones que se leen en las Sociedades sabias, de tres á cinco, para mecer el sueño de los individuos de la mesa. La diablura es que con el método Moronval-Decostere, no se tenía ni el recurso de dormirse y oír tranquilamente aquella lluvia tibia y monótona. Había que escucharla á la fuerza: las palabras se le metían á uno en la cabeza como á tornillo, sílaba á sílaba, letra á letra, y las más difíciles le arañaban á uno al pasar.

Y lo que ponía el colmo á la fatiga producida por aquella audición, era la voz instructiva y aterradora de la señora de Moronval, en el pleno ejercicio de su método. Abría la boca en forma de O, la torcía, la alargaba, la retorcía. Y allá en los bancos, ocho bocas de niño hacían absolutamente la misma música, siguiendo al profesor en todas sus contorsiones fantásticas, y dando lo que el magnífico sistema llama "la configuración de las palabras." Aquellas ocho pequeñas mandíbulas silenciosas en movimiento, producían un efecto fantástico. La señorita Constanca estaba aterrada.

Pero la Condesa no veía nada de aquello. Miraba á

su poeta apoyado en el quicio de la puerta del salón, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada distraída.

Soñaba.

¡Cómo se veía que estaba lejos, que se iba, que volaba! Su erguida cabeza parecía estar escuchando una voz misteriosa.

De cuando en cuando su mirada descendía, bajaba á la tierra, pero sin dignarse fijarse. La infeliz seguía, esperaba, casi mendigaba aquella mirada errante; pero siempre en vano. Resbalaba indiferentemente sobre todo el mundo, excepto sobre ella. El sillón que Ida ocupaba parecía estar vacío para él, y la pobre mujer se hallaba tan desolada, tan turbada con aquella indiferencia, que olvidaba felicitar á Moronval por el brillante éxito de su estudio, la lectura del cual acababa de concluir, en medio de los aplausos y de la satisfacción universales.

Después de aquella lectura expresiva, vino la audición de un fragmento poético de D'Argenton, acompañado al armonium por Labassindre. Esta vez Ida escuchó—bien, puedo jurarlo,—y todos los perfles, todos los sentimentalismos de aquellos versos, la llegaron hasta el corazón, modulados por los acordes del instrumento. Allí estaba con la respiración fatigosa, fascinada, ahogada por aquella tromba de armonía.

—¡Qué hermoso es! ¡Qué hermoso es! decía volviéndose hacia Moronval, que la escuchaba con una sonrisa bñiosa, como si le estuviere sabiendo á amargo.

—Presénteme usted al señor D'Argenton, dijo, en cuanto acabó la lectura. . . . ¡Ah! caballero, es magnífico. ¡Feliz usted que tiene ese talento!

Hablaba á media voz, tartamudeando, buscando las palabras, ella tan charlatana y expansiva ordinariamente. El poeta se inclinaba con mucha frialdad, como si le fuera indiferente aquella muda admiración.

Entonces ella le preguntó dónde podían comprarse sus poesías.

—No se las puede comprar en ninguna parte, señora contestó D'Argenton, con aire solemne y ofendido.

Sin quererlo, había tocado el punto sensible de aquel orgullo, y otra vez el poeta se separaba de ella, sin haberla mirado siquiera.

Pero Moronval aprovechó la ocasión:

—¡Ay, señora! dijo; así está la literatura... Versos como esos no encuentran siquiera un editor... El talento, el genio, quedan heridos, desconocidos, reducidos á brillar en un rincón.

Y en seguida añadió:

—¡Ah! ¡Si tuviéramos una Revista!

—Pues es preciso tenerla, dijo ella con viveza.

—Sí; pero el dinero....

—¡Oh! ya se encontrará el dinero... Es imposible dejar en la obscuridad esas obras maestras.

Y la Condesa se sentía indignada y hablaba elocuentemente, ahora que el poeta no estaba ya allí.

“¡Vamos! ¡la cosa marcha!”... se dijo Moronval; y comprendiendo con su péfida malicia el flaco de la dama, le habló de D'Argenton, se cuidó de pintarlo con esos colores románticos y sentimentales que á ella le gustaban.

Hizo de él un Lara moderno, un Manfredo, un carácter bellissimo, altivo, independiente, que no habían podido dominar las durezas del destino adverso. Trabaja-

ba para vivir, rehusando todo auxilio del gobierno.

“¡Oh! eso es”... decía Ida; y luego, atormentada de continuo por aquellos blasones que tenía metidos en la cabeza y que aplicaba á unos y á otros, viniera ó no viniera á cuento, preguntó:

—Es noble, ¿verdad?

—Muy noble, señora.... vizconde D'Argenton, descendiente de una de las más antiguas familias de Auvernia.... Su padre, arruinado por un administrador desleal.....

Y le contó una novela vulgar, con acompañamiento de amores desgraciados á una elevada dama, una historia de cartas entregadas al marido por una marquesa celosa. Ida no se cansaba de preguntar pormenores; y mientras los dos, acercando sus respectivos sillones, enchicheaban, aquel de quien estaban hablando, parecía no enterarse de aquel manejo, y Jack, preocupado de ver á su madre tan distraída, se ganó dos ó tres frases de impaciencia: “Jack, estate quieto.... Jack, eres insoportable”... que al fin le hicieron retirarse á un rincón haciendo pucheros, y con los ojos humedecidos por las lágrimas.

Entretanto, la velada continuaba.

Ahora era uno de los alumnos, un chiquillo del Senegal, negro como un dátil curado, el que acababa de recitar desde la plataforma una poesía de Lamartine: “Oración del niño, al despertar” poesía que él pronunciaba de tal manera, que demostraba hasta la evidencia que la naturaleza se ríe de todos los métodos, hasta del método Moronval Decostere.

Luego, el cantante Labassindre, después de hacerse rogar mucho, se decidió á “dar su nota,” como él decía.

La tanteaba primero dos ó tres veces, luego la soltaba sin andarse con miramientos, tan profunda, tan retumbante, que los cristales del salón y sus paredes de cartón-piedra, temblaron; y desde el fondo de la cocina, donde se hallaba preparando el té Madú-Ghezo, entusiasmado, contestó con un espantoso grito de guerra

¡A Madú le gustaba el ruido!

Hubo también incidentes cómicos. En medio del más profundo silencio, mientras un extraño fabulista que se había impuesto la tarea—lo confesaba ingenuamente—de rehacer las fábulas de La Fontaine, recitaba “El derviche y el cántaro de harina,” paráfrasis de “Pierrette y la lechera,” surgió un altercado ruidoso entre el sobrino de Berzelius y el hombre que había leído á Proudhon. Hubo palabras fuertes y hasta bofetadas; y en medio de la riña, á Madú le costaba mucho trabajo tener la bandeja de pasteles y jarabes que se aseaba por delante de los avariciosos ojos de los muchachos, á los cuales estaba prohibido darles nada. Dos ó tres veces, sin embargo, durante la velada, les distribuyeron un poco de “zarza-rosa.”

Moronval y la Condesa siguieron conferenciando, y el hermoso D'Argenton, que acabó por advertir la atención de que era objeto, hablaba enfrente de ellos muy alto, con frases y gestos de relumbrón, á fin de que lo vieran y lo oyesen.

Parecía muy enfadado. ¿Contra quién?

Contra nadie y contra todo el mundo.

Pertenecía á esa raza de seres amargados, desilusionados, que parecen haber vuelto de todas partes sin haber ido nunca á ninguna; los cuales declaman contra la sociedad, contra las costumbres y los gustos de su

época, cuidando siempre de ponerse fuera de la corrupción universal.

En aquel momento había cogido por su cuenta al fabulista, pacífico empleado de un ministerio, y le decía con tono de odio, despreciativo, amenazador:

—¡Calle usted! Lo conozco. . . . Usted es de los podridos. . . Tiene usted todos los vicios del siglo último.

El fabulista bajaba la cabeza, anonadado, convencido.

—¿Qué habéis hecho vosotros del honor? . . . ¿Qué del amor? Y vuestras obras, ¿dónde están? ¡Buenas están vuestras obras!

Aquí el fabulista se rebeló.

—¡Ah! permítame usted. . . .

Pero el otro no permitía nada; y, además, ¿qué podía importarle á él lo que pensaba el fabulista? Le hablaba por encima del hombro, apuntando más lejos y más alto de lo que él estaba. Habría querido que Francia entera hubiese estado allí para poder oirlo, y él le hubiese dicho todo lo que se merecía. Ya no creía en Francia. . . . país quemado, perdido, arrastrado, del cual no se podría sacar partido alguno en punto á ideas, ni en punto á fe. El se encontraba decidido á no vivir más en ese dichoso país; á marcharse, á expatriarse en América.

Y mientras hablaba, el poeta adoptaba posturas irresistibles. Y es que adivinaba vagamente, sin verla, que había una mirada de admiración fija en él. Experimentaba esa sensación que se nota por la noche en el campo, cuando la luna saliente surge de pronto á la espalda de uno, le magnetiza con su luz y le obliga á volver

la cara hacia su rostro silencioso. Positivamente, aquellos dos ojos de mujer fijos en él, lo iluminaban de cierta aureola. Parecía hermoso, á fuerza de desear serlo.

Poco á poco se fué haciendo el silencio en todo el salón en torno de aquella voz solemne que demandaba la atención general. Ida de Barancy era la que se hallaba más recogida.

Aquel destierro voluntario á la América, hábilmente insinuado en el discurso, le había helado el corazón. En un minuto, las treinta bujías del salón de Moronval se habían apagado, para dejar paso al duelo de sus pensamientos. Lo que acabó de consternarla fué que, una vez resuelta la marcha, el poeta, antes de embarcarse, formuló una vigorosa diatriba contra las mujeres francesas, contra su ligereza, su corrupción, y la frivolidad de su sonrisa y la venalidad de sus amores.

Ya no hablaba, tronaba, apoyado en la chimenea, con el rostro vuelto hacia la gente, y no escaseando ni la voz ni las palabras.

La pobre Condesa, tan preocupada de él, pues no podía creer que ella le fuese indiferente, creyó comprender á quién se dirigía.

—Sabe quién soy, se decía; y bajaba la cabeza bajo el peso de aquellas maldiciones.

Por todas partes circulaban murmullos de admiración:

—¡Qué verbosidad! ¡Jamás ha estado tan hermoso!

—¡Qué genio! decía Moronval en voz alta, y añadía para sus adentros: “¡Qué farsante!”

Pero Ida no tenía necesidad de tales excitaciones. El efecto estaba producido.

Amaba.

Para el doctor Hirsch, que tan en busca andaba siempre de rarezas patológicas, era aquel un caso de combustión instantánea, muy curioso y digno de ser observado. Pero el doctor Hirsch ocupábase en aquel momento en otra cosa muy diferente. Procuraba arreglar, ó mejor dicho, envenenar la cuestión entre el sobrino de Berzelius y el hombre que había leído á Proudhon. Labassindre andaba también mezclado en el asunto, y todo se volvía cuchicheo, gestos desesperados, idas y venidas, toda una gestión conciliadora para lograr que se batieran dos mozos que maldita la gana que tenían de tal cosa. Por lo demás, nadie se cuidaba de aquello, porque tales cuestiones eran muy frecuentes en las veladas literarias del colegio Moronval, y se arreglaban siempre, precisamente en el momento de adquirir mayor gravedad. Pero en general, marcaban el término de aquellas pequeñas reuniones, durante las cuales, cada desheredado se había detenido al lado de la chimenea ó junto al armónium, el tiempo preciso para revelar su talento.

Ya hacía una hora que la señora de Moronval había tenido la caridad de mandar á la cama á Jack y á los dos ó tres alumnos más pequeños. Los que aún estaban levantados hostezaban, entornaban los ojos, hipnotizados por lo que acababan de ver y de oír.

Disolvióse la sesión.

Los faroles de papel, destrozados por el viento, se balanceaban todavía en la puerta del jardín. El pasaje estaba siniestro: todas sus casas dormidas, y ni siquiera el monótono pasear de un agente de la autoridad animaba el cuadro. Pero entre aquellos grupos bullangueros que se alejaban, hablando alto, tarareando, de-

clamando, discutiendo, no había nadie que parase mientes ni en el frío de la noche ni en la neblina húmeda que estaba cayendo.

Al llegar á la calle, echaron de ver que había pasado la hora de los ómnibus. Todos aquellos pobres diábolos tomaron valerosamente su resolución. Las ilusiones doradas iluminaban y acertaban su camino, la ilusión les daba calor, y esparcidos por aquel país desierto, cada cual volvió valerosamente á las miserias obscuras de la vida.

¡El arte es tan gran hechicero! Crea un sol que, como el otro, sale para todos; y los que se acercan á él, aun los pobres, aun los feos, aun los grotescos, se llevan un poco de su calor y de su resplandor. Ese fuego del cielo que los desheredados conservan en el fondo de sus pupilas, les hace algunas veces temibles y casi siempre ridículos; pero su existencia, gracias á él, tiene una serenidad grandiosa, un desprecio á lo malo y una virtud para sufrir, que las demás miserias no conocen.



Y se comunicaban muy lindos proyectos.